

Emilio Redondo García

Semblanza

El pasado 13 de abril, falleció en Pamplona el profesor Emilio Redondo García, Catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Navarra.

Aunque el objeto de estas líneas no es glosar su trayectoria académica, bien reflejada en el Libro Homenaje editado con motivo de su jubilación, sino evocar su talante y personalidad, recordaremos no obstante que ganó por oposición una plaza de profesor adjunto de la Universidad Complutense y años más tarde (1967) la de Catedrático de la Universidad de Barcelona. Por aquel entonces, sólo se podía estudiar Pedagogía en los dos centros citados, lo que le llevó a dar clases a un nutrido grupo de alumnos que se convertirían con el tiempo en catedráticos y profesores de universidad. En 1975 se incorporó a la Universidad de Navarra, contribuyendo decisivamente a la puesta en marcha de la Licenciatura en Pedagogía.

Don Emilio, como tantos le llanábamos con cariño y respeto, se distinguió en todo momento por su afán de buscar la verdad y por su rigor en la investigación. Estaba convencido de que la Historia de la Educación debía contribuir a la formación intelectual y pedagógica de sus alumnos, porque creía que podía y debía iluminar los grandes problemas de la educación, ya que nuestra comprensión de la formación humana es mucho más exacta y profunda si la contemplamos también en su dimensión histórica.

Claro que, para que tal cosa fuese posible, insistía en que se debía extremar la *acribia*, es decir, el rigor y la precisión en el estudio de las fuentes, con las cuales intentaba siempre poner en contacto directo a sus alumnos. El perfecto orden que reinaba en su despacho, el esmero con que preparaba sus notas y sus apuntes de clases, o el cuidado con que siempre se expresaba, eran la traducción externa de semejante actitud.

Ahora bien, a pesar de su indudable capacidad docente e investigadora, nunca fue un "intelectual", en el sentido habitual de la palabra, en particular desde el momento en que se ordenó sacerdote (1964), incardinado en la Prelatura de Opus Dei.

Se inició entonces lo que denominaba, con cierta dosis de ironía, su “doble militancia”: las mañanas las dedicaba a la vida universitaria, las tardes –salvo el horario de las clases– al ejercicio de su ministerio.

En este régimen de vida se ponía de manifiesto una de sus principales cualidades –la humildad–, que le llevó a colocar en un segundo plano su carrera académica, primero al dedicarse al sacerdocio, después al dejar su Cátedra en la Universidad de Barcelona. Esa misma humildad se traspresentaba en la relación que mantenía con sus discípulos, sobre los que ejercía un notable influjo, pero no tanto trasmitiéndoles ideas o dándoles orientaciones concretas, sino más bien inculcándoles convicciones con su ejemplo y su rigurosa forma de investigar y enseñar.

Otros rasgos llamativos de su modo de ser, sin duda derivados del anterior, eran la sencillez y la laboriosidad. Era capaz de dedicar su tiempo libre a actividades tan dispares como la lectura o la jardinería. Le gustaba también la fotografía, sobre todo porque le permitía hacer realidad su aspiración de escribir una Historia iconográfica de la educación. De su padre había heredado la habilidad para los trabajos manuales, que le permitía, por ejemplo, fabricarse un atril o idear cómo poner orden en su despacho y su mesa de trabajo.

De esa misma sencillez hacía gala en el trato personal. Era una persona afable y siempre dispuesta a escuchar y servir a los demás, como sacerdote y como profesor. Sus alumnos estaban seguros de que les atendería cuando lo necesitasen, pues dedicaba muchas horas a preparar, corregir y comentar con ellos sus trabajos y sus exámenes. Quienes convivían más estrechamente con él sabían que era casi imposible verlo enfadado o contrariado y que trataba a todo el mundo con gran afecto, cercanía y cordialidad. Cuando la enfermedad, que sobrellevó con gran entereza y discreción, había minado ya muy seriamente su salud, tampoco perdió la sonrisa y la serena alegría que le acompañó siempre.

Quienes lo conocimos y lo tratamos en el Departamento de Educación de la Universidad de Navarra queremos agradecer las numerosas muestras de condolencia por su muerte que hemos recibido y de manera muy particular las oraciones por el eterno descanso de su alma.

Javier Laspalas